

## La Comisaría

CON pereza los brazos del Tigre surgieron de abajo de la sábanas y sobresalieron de la cama, cada cual por su lado, apretando los puños, estirándose y recogiendo hasta quedar en escuadra. Al mismo tiempo el comisario abrió la boca. Y la dejó así hasta que todo el sonoro bostezo hubo salido. Entonces la cerró y se le abrieron bien de par en par los ojos. Para poco los hubiera precisado el Tigre si no fuera que, abandonando en calzoncillos el lecho, él empujó la alta ventanita enrejada que daba al campo. A lo gato, la luz y un aire fresco abalanzáronse sobre su cara.

Y sucedió tres veces como si a un tronco de ñandubay otras tantas le pasaran serrucho sin apuro, más bien como por distracción:

—¡Trrrrjjj! ¡Trrrrjjj! ¡Trrrrjjj! —  
mientras se allegaba a la silla donde posaba un uniforme de gala.

El comisario se puso las rojas bombachas y se sentó en la cama para calzarse las botas. Introduciendo hasta media canilla, cogía en seguida las orejas del calzado y hacía

fuerza hacia arriba, moviendo a compás el pie, en ayuda. Luego se incorporó, se meció un poco sobre las plantas y enderezó a una puertita chica que venía a quedar frente a la puerta grande. La abrió, pasó y la volvió a cerrar, pudoroso. Se quedó quietito un momento, adentro, y volvió a aparecer, desahogado, para avanzar hacia el lavatorio. Era éste un trípode de hierro con una palangana encima y, abajo, una jarra grande. Vertió agua, depositó la jarra en su sitio . . . retrocedió un corto paso. Entonces se inclinó, puso la cabeza sobre la palangana, y empezó a echarse agua con las manos. Apretaba la boca, el Tigre, juntaba aire con las narices y, después, resollando lo hacía salir por entre los dientes. El agua bullía furiosa como si abajo tuviera fuego prendido. De repente acallaban los ruidos y se quedaba serena. Era que, la cabeza en alto y mirando abstraído hacia el techo, el Tigre andaba con el jabón. Pero cuando tenía bastante espuma en las manos, se venía a plomo con la cara, y a resoplidos en el aire.

Le daba fuerte al pescuezo. Después, pasaba bien por atrás de las orejas. En seguida hurgaba en ellas y metía el dedo en el conducto, vibrándolo. Tal el mangangá cuando revuela ante el agujerito de su tronco y luego se decide y se manda para adentro; y sale y vuelve a entrar en caprichos y, de repente, agarra el campo y se pierde de vista. El Tigre, más tarde, empozaba agua en las manos, se la llevaba a la altura de la boca y la hacía saltar por el cuarto en chorros y goterones mientras, más livianos, los ruidos salían al patio, lo atravesaban de extremo a extremo, apresuraban al llegar a la cuadra un nervioso vestir de milicos. A los primeros rebufes del jefe, ya una partida, que llegara poco antes con un preso, dió la alarma a los dormidos y les hizo abandonar sus catres o pararse ante sus aperos en el suelo, chacoteando. Pero cuando se produjo el profundo silencio del comisario, hubo una fiebrada premura en el largo recinto de cebato. Enojándose los gruesos botones plateados de su chaquetilla, el sargento primero Cimarón previno, en ascuas:

—¡Ya se está secando! ¡Ya se va a venir! ¡Afuera todos y dejenme sus cosas en orden, que si está de luna es capaz de antojársele hacer revisión...! ¡No pise esa guitarra, amigo!

Efectivamente: en la distante alcorba, con diligente rapidez la afelpada toalla enjugaba medio cuerpo al comisario. Ahora, de la silla él retiró

la camisa y se la puso, metiéndose el extremo bajo la bombacha y sujetando todo con el primer cinto. Luego, la chaquetilla militar, que le dejó el tronco entrecruzado de entorchados y alamares, y los hombros con sendas charreteras también de oro. Andaba todo el día de gala desde hacía como un mes. Desde que a la otra chaquetilla, la de diario, la traspasó con la plancha el asistente Mirasol quien, al sentir el olor, emigró al Brasil. Después se anudó la golilla colorada y ajustó el correaje con el sable mediante el otro cinturón. Al salir se fué colocando el quepis de ondeante plumacho rojo. Cuando apareció en la puerta, echando luz porque el sol dió de lleno en sus charreteras y entorchados, ni siquiera miró las bruscas rigideces de los milicos que momentos antes se diseminaban por el patio para sentarse en bancos o en las raíces del ombú y, así, dejarse agarrar en actitudes semejantes a las de quienes están aburridos de hallarse las horas perdidas en el ambiente. Atravesado el patio, entró apagando sus fulgores a la Mayoría —el único cuarto de piso de baldosa, con el cuadro del escudo colgado en la pared del frente, unas cuantas sillas y el viejo escritorio pintado de negro, donde se exponían un tintero seco, una lapicera, un código al parecer, de buenas tapas coloradas.

El escritorio estaba poblado de cajones que, desde que había llegado el mueble, nunca se pudo

aclarar bien para qué eran. Uno, el grande del centro, contenía papeles ya amarillentos, de cuando se estableció la comisaría y había por costumbre extender a los milicos recibos de la paga y se escribía cuanta declaración se tomaba. Pero después que mataron al primer comisario y vino el reemplazante y se descubrió que el que revistaba como escribiente no sabía escribir ni se aportaba por la comisaría, y que quien cumplía sus funciones era el propio finado, entonces la nueva autoridad resolvió que todo fuera de palabra porque él tampoco sabía; y que allí nadie tenía corona y que el escribiente se presentara a hacer servicio de soldado como cualquiera. Luego, los otros comisarios siguieron así. Unos, debido a que tampoco sabían. Y dos de ellos porque, total, así las cosas marchaban bien, lo mismo. Cuando lo nombraron, el Tigre estuvo en dudas. El leía, puede decirse, casi de corrido. Y, haciendo práctica un rato todos los días, no era cosa del otro mundo escribir lo que saliese. Pero esto coincidió con el asalto a lo de las Nutrias, que habían perdido al padre y estaban solas aquella noche. Hubo robo y, para peor, hasta violación de todas ellas. De todas no, porque la vieja se había escondido en el horno, que fué donde los fascinerosos no revisaron; pero sí de las muchachas y de la peona, a la que bajaron de arriba del rancho cuando salió la luna y la iluminó.

El peligro surgió entonces muy serio para el pago, porque no podía ser cuestión de que los gauchos tuvieran que estar noche y día como atados a estaca en las casas, igual que si, de golpe, a las pulperías se las hubiera tragado la tierra; y menos de tener que dormir con un ojo abierto y las armas abajo de la almohada o en el hueco del basto, como a campo raso o en tiempo de guerra. Y que ése no iba a ser el último atentado, bien se presumía. En menos de tres meses, ahí estaban todavía de luto, y gruesas, las Chanchas de un poco más acá de la Boca del Sauce; y como quien va para las puntas del arroyo Figuritas, así, así quedaron las Garzas Rosadas, que eran más que lindas, ¡y ocho! Esta vez en pleno día, a la siesta. Ya es bastante intranquilidad el morirse. Y eso, todavía, de que uno se tenga que morir con intranquilidad por la suerte, antes de casarse, de las hijas, no tiene nombre. Peligro de robo hay siempre. Pero es que aquello ya pasaba de castaño a oscuro. ¡Cómo para pensar, pues, en hacer práctica de escritura, el Tigre! Distribuyó sus soldados y ya no se ocupó más que de planear y dirigir en persona las batidas. Con la experiencia que había adquirido en sus tiempos de contrabandista en la frontera, hizo prodigios...

Esto en lo referente al cajón grande del centro, decíamos. En otro, de los chicos, tenía tabaco en cuerda, el Comisario, y mazos de fina chala.

Los demás, a no ser el de abajo de todos, se hallaban vacíos. El de más abajo, que era muy hondo, sí, estaba lleno. Pero de chucherías, de refugio de cosas, no más, incautadas a algún ratero, y que apartaba el Tigre y guardaba para que aparecieran como descargo de su conducta sí, el día menos pensado, llegaba a la capital alguna denuncia y el Coronel Puma ordenaba levantarle sumario y él no le caía en gracia al sumariante. De perfume había un frasco vacío, que en una ocasión él puso allí bien tapado, después de volcarse toda el agua en la ropa y en la cabeza; en fin: anillos que ellos solos, no más, se habían puesto negros, varias bombillas de alpaca chuspas. En una cajita aparte, un cartón con doce botones, unas peinetas y tres medias largas, de hilo. Esto era el único resto de cuando la autoridad peleó y agarró a los que mataron en el Sauce al Vizcachón mercachifle. La media que faltaba fué con la que ligaron el brazo al soldado herido para detener la hemorragia; pero se les fué en sangre, lo mismo, aunque se la pararon allí, porque, distraídos, no habían caído en la cuenta de que el trabucazo que sonó en el entrevero le habían dado de lleno en la mitad del espinazo. Si hubiera tenido más sangre, flota mientras lo mantenían en el suelo, doctoreándole el brazo. Al lado de la cajita, cuchillos, boquillas de mate, un atado de escarbadietes, un retrato a lápiz, con dorado marco, que

nunca se supo quién era. Y abajo de todo, cuatro blancas flores de trapo y una de papel, también blanca, que era malvón: de cuando la muerte en la fiesta del velorio del angelito, a la entrada del verano.

Todo esto encerraba en sus cajones el severo mueble negro donde, con todo su peso, se apoyó el comisario Tigre, malhumorado. Como quiera que sea, el comisario había sido muchos años contrabandista. Por eso, en la comisaría con frecuencia andaba de luna. Porque, sin querer, al sentir milicos, se enfurecía. Así que, después de cruzar el patio, al sentarse en su despacho, se sacó a manotazos el sable con el correaje y lo había largado violento contra el tintero, haciendo rodar la lapicera. Más parsimonioso ahora, el Tigre puso también allí el lindo quepis de enhiesto plumacho y se pasó la blancura del pañuelo de bolsillo por la frente. Al alzar los ojos, que había cerrado evitando el roce, se le apareció cuadrándose en la puerta, como para retratarse, el sargento Cimarrón. El comisario lo miró con súbitas ganas de atropellarlo. Pero, acostumbrado ya a contenerse, se dominó, se puso el quepis, le ordenó que se adelantara y prestó oídos.

—Este amanecer se ha prendido a una comadreja lavandera que ha dejado tan sin ropas a su patrona... que a estas horas ella debe de andar con chiripá del marido... y de poncho.

Antes de empezar a hablar el Ti-

gre agachó la cabeza como confiándose con su escritorio.

—Para mí que se peleen y se maten, no es tanto. Total, de algo hay que morir, y nadie va a tener la pretensión de quedar para semilla. Yo, a eso no le hallo mayor delito. ¡Pero lo de que me anden con rapiñas...! ¡Es que desde hoy en adelante no les voy a aplicar más que las últimas hojas del código que, esas sí, son bravas! ¡Ya no hay paciencia que aguante!

Hizo un esfuerzo y consiguió aplacarse. Esperó un poco, por las dudas, porque en el fondo, quería ser justo. Luego, ordenó, tratando de aparecer hecho el fiel de una balanza.

—Bueno, a ver, sargento, que saquen a la detenida y háganla pasar a prestar su declaración.

De nuevo todo fué luz del día en la puerta. Se escucharon rumores de sable. Hubo una pausa. Llegaron otra vez los ruidos.

En seguida:

—¡Epa! ¡Epa! ¡Atajen! —se oyó el griterío.

Al mismo tiempo, un chisporrotear de latas se fué debilitando a la distancia, como si se estuviera volviendo eco; y en los primeros momentos el estrépito seguía tan a los garrones a una comadreja en fuga, que parecía ser su ruido.

Helado se quedó el Comisario, con el quepis a la nuca. Después de una viaraza, apareció su figura en la puerta, sable en mano, más que viva la luz en su uniforme.

—¡Pocos van a resultar cepos y grillos si no me la atajan! ¡Pero no me han dejado escapar a la detenida!

Con el sacudón de contrariedad, el quepis saltó atrás, volvió a entrar en el despacho, el plumacho ya arriba, ya abajo, y se fué a parar, esta vez, tapando el tintero.

—¡Pero...! ¡Pero...! —seguía el Comisario, sin advertir esta otra fuga. Y como no encontraba palabras bastante fuertes para ensartar en la frase, pateaba el suelo, peligrando abollarle las puntas a las espuelas, en el cimbronazo.

—¡Pero... es cosa grande!

En la accidentada llanura la Comadreja iba sacando cada vez más distancia a los perseguidores. Desapareció un soldado. En el sitio se levantó por él una nubecilla de polvo.

—¡Así te hayas matado! —se desató y le gritó el Comisario. Y continuó haciendo fuerza con la vista sobre las espaldas de los que seguían corriendo.

De pronto sufrió el asalto de una idea. Guardó entonces el sable y aminoró la potencia de la mirada, clavándola un poco más abajo y al costado, de modo que quedó mirando de reojo, no más, a sus subordinados. Es que pensó:

—¿Y si a éstos, por miedo al castigo, les da por no parar y ganan el monte?

La desesperación que le llegó en seguida hizolo saltar en la forma

del que, distraído, se ha parado justo sobre un desparramo de brasas. Entonces, decidió detenerlos. Para acercarlos la voz, corriendo pasó la portera, pasó ante el palenque y su enramadita y siguió a los gritos tras los ya lejanos, despidiendo fuego por su pechera y sus hombreras.

—¡P'atrás! ¡Asujetensén, ordeno!

Cuando a los milicos les pasaron rodando las voces (que seguían adelante e iban a meterse, inatendidas, claro, en los oídos de la Comadreja) ellos quisieron sujetarse. Y hasta se echaron para atrás. Pero botas y alpargatas, como sucede, siguieron corriendo un trecho por su cuenta. No había boca que al dueño no le pareciera chica, de tanto aire que reclamaban los pulmones. Y a la Comadreja se la había tragado la tierra.

Mientras los veía retornar y recibir la incorporación del que había caído.

—¡El recluta! ¡No te dije! ¡El recluta!—, el Tigre, que así bramó, estaba calculando que, como todos eran culpables, no tenía con quién mandarlos a las guascas y quién los cuidara.

—¡Si solamente quedo yo solo en libertad, esto no tiene fundamento!

Y se dió vuelta sin esperarlos, para cruzar el patio, apagar y encender su fulguración al pasar bajo el ombú, y atenuar definitivamente aquellos brillos al meterse en la Mayoría y ganar su silla. Mas sentarse y quedar de pie fué todo uno.

—¡A que se me han alzado con el tintero!

De un manotazo levantó el lindo quepis. Apareció el tintero.

En seguida el sargento primero Cimarrón asomó cauteloso la cabeza, trepidante por el jadeo, y la volvió a retirar como si le hubieran salpicado la cara con agua caliente.

—¡Sargento Primero!

Ahora éste se recortó de cuerpo entero en la puerta, haciendo la venia y tartamudeando:

—¡A la orden, mi comisario!

Parecía que, del susto, había quedado más chico. Pero lo que en realidad acontecía era que en la corrida se le había bajado el cinto y las rojas bombachas daban casi en el suelo, como polleras.

—¡Haga formar, que voy a pasar revista a la tropa!

Desapareció el Cimarrón. Se oyeron voces de mando, ruido de sables, otra vez. El Tigre se miró los pies y, regulando el paso, salió bajo esa vigilancia al patio, envuelto en luz. Al aparecer, ya llevaba erguida la frente, pero tan crispada por la ira, que veía por entre los pelos. Con todo, se contuvo en el marco de la puerta para dar tiempo a que los rezagados soldados Mao Pelada, Tamandúa, Avestruz, el asistente Macá y el recluta Carpincho lleno de tierra, engrosaran la fila.

Atrás, a dos metros, uno de los ombúes hacía gigantesco dosel al marcial cuadro.

Delante de la tiesa milicada el

sargento Cimarrón ponía la vista tan fija en el filo de su machete que la mirada salía de allí partida en dos.

El jefe empezó a recorrer la formación cortándole la respiración al que le llegaba al lado. Pasó casi rozando a los soldados Macá, Aguila, Cuzco Overo, Cuzco Barcino, Gato Pajero, Gavilán, Yacú Flamenco, Mao Pelada, Tamanduá, Avestruz, recluta Carpincho, (faltaban en comisión los soldados Carancho, Cigüeña, Carao) pasó frente al cabo Pato (faltaba en comisión el valeroso cabo Lobo).

Formaban por orden de estatura. Como son de la misma medida los uniformes que se envían de la capital algunos soldados, los más bajos, parecían metidos a medias dentro de un atado de ropa roja, de tan bajas que tenían las abollonadas bombachas. Otros, como el viejo Avestruz y el Recluta y el Flamenco, en la extrema derecha —donde la línea de quepis daba un brusco salto hacia arriba— dejaban asomar la mitad de la canilla porque, para peor, éstos estaban con las alpargatas de cuando abandonaron el lecho. Los sables de reglamento, iguales como eran todos, por relación allí cambiaban de tamaño hasta lo que no se ha visto nunca. Los del Avestruz, del Mao Pelada, del rechoncho Recluta, les pendían como espadines. Y el Pato, los Cuzcos, el Gavilán, el Yacú, el asistente Macá, etc., de tan grandes que les quedaban, parecía que andaban con armas de monumento.

Para la variante de los quepis no era la estatura lo que obraba sino el grandor de las cabezas. Así, el Carpincho tenía que llevar el suyo a la nuca porque no le entraba ni haciendo fuerza. Y el Avestruz, el cabo Pato, el Aguila y otros tantos, sudaban a ciegas, pues, así como estaban, en posición de firmes, no se los podían acomodar e íbanseles hundiendo hasta el pescuezo, en el jadeo.

Faltaba una chaquetilla, que fué la que se quemó con el finado cabo adentro cuando el personal de la comisaría acudió a pagar el incendio del rancho de las Nutrias, en Puntas del Estero. Por eso, el recluta Carpincho estaba de particular hasta la mitad.

Después de ir de extremo a extremo, el Comisario había vuelto a situarse al centro y de frente. El sol le daba de lleno. Medio cuerpo lo tenía envuelto en rutilaciones.

—¡Esto de que se pasen todo el día tocando la guitarra y chupando caña, trae estos resultados!

El Tigre hizo un esfuerzo por callar al sentirse impulsado a hollar el terreno de las confidencias. Pero no pudo.

—¡Sí, chupando caña, he dicho! ¿O se creen que no me doy cuenta que toditos ustedes esperan a que yo empiece a pegar unos tragos y, cuando se aseguran que ya no les puedo sentir el olor, se prenden como mamones a la bebida? Ahora que se me ha acabado la pacencia,

sepan que ustedes a mí no me engañan; que lo que hay es que he sido un padre para toditos. ¿Cómo se cayó al agua el finado hermano de éste? ¡En tranca! (Cual si el aludido fuera él, se estremeció el soldado Flamenco). ¿Cómo se incendió también él, en el incendio, el finado cabo? ¡En tranca! ¿Cómo te caíste del mangrullo, vos, Mao Pelada, y no quedaste como bosta porque recién llevabas subidos la mitá de los travesaños? ¡En tranca, caray! ¿Cómo, sin estar en esas condiciones se puede dejar, no más, una plancha caliente arriba de la ropa? Y, oiganlón bien: ¿Para qué, Cuzco Overo (casi se vino al suelo ese soldado de tanto que inclinó la cabeza arrepentido de todo lo que fuese a revelar el acusador), para que te ponés a jugar como que me das serenatas por la ventana, y me hacés quedar adentro del cuarto, aprovechándote...?

Iba a decir: "de que soy *loco* por la música", pero se sonrojó a pesar de su furia. Y quedó con el pensamiento saltando sobre la última palabra hasta que desde ella obtuvo una transacción con las que debían seguir:

—¿...aprovechándote... aprovechándote vos, sí, de que *un poco* me gusta la música, cuando quieren refrescar a alguno en el barril del agua o acostarlo porque se le ha ido de más el codo? ¡Sepan al fin la gran verdá! ¡Yo me doy cuenta de todo! ¡Yo te voy a dar música, de aquí en adelante! Cuando te vea otra

vez con la guitarra en mi ventana, voy a registrar hasta abajo de los catres! ¡Y al que pesque durmiendo la mona lo voy a hacer pasar por las armas como no lo he hecho nunca aquí: en público y con todas las formalidades, para ejemplo!

Los soldados respiraban a escondidas, de "firmes" que se ponían.

—Y ahora, de aquí voy a destacar dos partidas que han de salirme para darme con la ladrona. Cuando regrese el sargento Cuervo, él se va a poner al frente de un piquete. Y usté, sargento Cimarrón, usté me va a tomar tres hombres, vos y vos y vos —y señaló al soldado Cuzco Barcino, al soldado Avestruz y al soldado Mao Pelada—, y me empieza desde ya la persecución.

Miró al conjunto con ganas aun de patear en particular a cada uno, y gritó, subiéndosele la sangre a la cabeza, de la fuerza:

—¡Rompan filas!

Giró casi sobre las espuelas de tanto que se había echado atrás y, entonces, se topó con un charabón que, embobado, estaba hacía ratos contemplando el marcial espectáculo.

—¡Y usté qué pucha está haciendo aquí!

Se hizo un arco el interpelado porque no pudo mover los tamangos para, aunque más no fuera, dar algún paso atrás. Y, cerrando los ojos quiso entregar algo, más muerto que vivo. Pero no podía. Porque buscaba el bolsillo y lo único que hacía era refregarse la ropa, temblando.



Al fin consiguió llegar a la carta.

—Aquí le mandan... de la Pulpería... "La Blanqueada".

—¡Ah, usted es un propio! —exclamó, serenándose, el Tigre—. Entonces, bueno, sigamé para el despacho.

Y se introdujo en la Mayoría apagando luces en su ropa.

Ya sentado en el escritorio observó para dónde era el derecho del papel y empezó a leer con minuciosidad aquellas letras redondas y claras, como de tenedor de libros, no más, que en el pueblo había sido el de la misiva hasta que se produjo el desfalco y ganó tierra adentro.

Como cuando hace horas que está la mañana pero, sin embargo, todo sigue envuelto en un sucio gris cuajado de nubes negras y, de pronto, entra a tallar el pampero y van entonces surgiendo los cerros y las colinas y los montes, y las cosas todas pierden su soledad, recobran su color y sienten, al fin, recíprocas, que siempre siguen formando parte de lo infinito del mundo, así, poco a poco, un aire de complacencia le iba creciendo al Comisario Tigre a medida que se internaba en la lectura. Fuéronse abriendo de par en par los párpados; aparecieron enternecidamente sus colmillos inferiores, y el pequeño charabón, repuesto ya de la impresión de ver manifestarse en semejante forma aquel asombro, dejó, no más, a sus pulmones, que respiraran a gusto.

De pronto la autoridad alzó la vis-

ta y miró sonriente al mensajero, que se achicó y cerró los ojos como si le hubieran cruzado fuego por la cara. Pero tan abstraído se estaba poniendo el Tigre, que ni siquiera se dió cuenta de las sensaciones que provocaba.

—¿Ahá?... ¿Entonces... anoche... don Juan... ha hecho una fechoría con el Peludo y lo ha dejado por muerto...? ¿Ahá?... ¿Así qué...?

Al bajar los ojos, un instante contempló como a un plato de miel el conjunto de la carta y retornó, apenas musitando, el paciente delecteo:

—"...Coima y todo correrá igual que en vida del finado Peludo, si muere, mientras yo esté al frente de la casa. Y más que cuando el finado. Es muy justo que la policía tenga más parte que hasta la fecha porque bastantes calentaderos de cabeza les dan las pulperías, que es un abuso. Ahora paso a decirle que en caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera, entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted. Le garantizo que con un poco de buena cabeza, la casa se puede ir a las nubes..."

El codo en el escritorio, el mentón en la palma, sin abrir la boca, el Tigre se quedó golpeando con la uña uno de los colmillos inferiores, caviloso. Después, volvió a achicar al mensajero al sonreírle con gentileza, diciéndole:

—Bueno, m'hijo, podés retirarte. Y le decís a tu patrón que me he

hecho cargo de la denuncia. Y que de lo que sigue más abajo, yo voy a ir esta tarde a hablar con él en persona.

Echándose a la nuca el quepis volvió a acodarse y apoyar ahora la cara en la mano. Y siguió golpeándose el colmillo, la vista fija en el ángulo en que la pared del frente se juntaba con el techo. De súbito, viva y encapotada, la mirada se apartó de allí. Y el Comisario se irguió en su silla. Le habían llegado rumores de sables. Pero al mezclarse, atenuándose con un trotar de caballos que al tiempo que se apagaba se convertía en galope, la vista volvió a ocupar su reciente sitio, a dulcificarse, embebecida otra vez.

—¡Hum! ¡Hum! ¡Iguala...! ¿Pero qué voy a hacer yo de socio de una casa de comercio, no me dice? No digo antes, cuando muchacho; ¡pero a esta altura!... ¡Si uno ya no está para nada! Uno ya no sirve más que para mandar. A mí, que me den plata... si el Peludo se muere. ¡Qué tiene que morir, no faltaba más; que ahora no nos va a salir levantándose de la cama! ¡Y si no se muere él solo, se le obliga!... ¿Ahá? ¡Ahora sí voy agarrando el hilo...! Lo de enseñarlo a enlazar de noche, fué una emboscada urdida de lejos, con tino, por la heredera. Don Juan, en eso, no viene a ser más que el cómplice. Y eso es lo que rumbea el dependiente cuando me dice...

Volvió a tomar la carta y la hizo

girar entre las manos hasta que la firma quedó hacia abajo.

—Sí, ¿a ver?

Recorrió desde el principio, por encimita, hasta hallar el párrafo revelador; aunque se detuvo varias veces ante ciertas íntimas sugerencias que le paraban en seco los ojos.

—“...Coima y todo”... “más que cuando el patrón”... “es muy justo”.. Sí, aquí es: “En caso de que usted resuelva que la sobrina de él, la Mulita, no es heredera...”.

Aunque lo que buscaba era sólo esa parte de la carta, los ojos se le fueron como por un cuesta abajo y él siguió atrás, deletreando con ese afán de la marcha del rengó a la zaga de la manifestación:

—“...entonces estoy a su disposición para hacer una iguala con usted...”

Se interrumpió para decirse con dulce sonrisa interior:

—¡No, qué iguala! ¡A mí vos me vas a agarrar de socio si sos brujo, botija! Tendría que poner la comisaría en el mostrador para vigilar que no me hagas mal tercio...

Como él no podía leer en silencio, y como decir dos cosas a la vez es imposible, sólo se vió ir con energía de un lado a otro el plumacho del quepis, trazando negaciones a cada palabra de las que siguieron:

—“...Le garanto que con un poco de buena cabeza la casa se puede ir a las nubes.”

Y al llegar al punto final, soltó un

¡No! más firme que un cerro. Alcanzó el quepis ya sobre el hombro, se lo acomodó otra vez y volvió a rozarse la dentadura con el dedo, entrando a meditar, la cara casi horizontalizada sobre la mano:

—Ahora, lo que hay que hacer es desenredar bien la madeja. Muerto el Peludo por cuenta propia o con alguna toma o por desacato a la autoridad, que es fácil, a Don Juan se le da una buena estaqueada y confiesa la gran verdá de que la Mulita le pagó para que organizara la muerte de su tío. Y si no quiere confesar, se le enchaleca y, después que vaya, si quiere de muerto, a desmentir que no ha declarado eso. ¡Pero mire la Mulita, de asesina! ¡Quién lo iba a pensar! Es que yo siempre digo que uno ve caras pero no ve corazones.

Y se incorporó, exclamando en alta voz tranquila:

—¡Por suerte, ya tenemos todita la madeja desenredada!

Al salir al patio, de todas partes, aunque más numerosos de entre las raíces del ombú, brotaron soldados como con resorte, en posición de firme y haciendo la venia. En seguida, un Cuzco ensilló y salió a todo lo que daba, de chasque. Llevaba la misión de alcanzar la partida del

sargento Cimarrón, destacada en persecución de la ladrona Comadreja, y ordenarle que de inmediato fuera a prender a Don Juan, con carta blanca para hacer lo que requirieran las circunstancias, si se resistía.

—¿Dónde tienen las estacas de cuando el finado Lagarto? —preguntó el Comisario cuando ya tornaba a la Mayoría—. Sáquenlas y délen una mano de grasa a las guascas para que estén bien suavécitas.

Como ahora estaba contento, al ir a entrar a su despacho se hizo cargo de la situación en que quedaban sus subordinados ante la ambigüedad de la frase, y le vino lástima al Tigre. Por eso, alzando una mano y agarrándose al marco de la puerta, aclaró, hecho un padre hacia el milicaje que, en efecto, se había quedado con el alma en un hilo cuando oyó la mención a los útiles de estaquear:

—Pero miren que eso no es para ninguno de ustedes, les prevengo. Lo que pasó con la presa, eso queda borrado y empezamos de nuevo. Al que vamos a meter en las estacas es a un malhechor muy jarifo, cuando me lo traiga la partida. Ya saben: por esta vez, esténsen tranquilos. ¡No se preocupen!